Telia 14

1ª Quincena – Febrero 2021

Homenaje a los desfavorecidos

Colaboradores

- *Acela Margarita Ramírez*
- *Carmen Navarrete*
- *Guadalupe Pereira*
- *Ignacio Santos*
- *Joaquín Mateos*
- *Manolo Cubero*
- *Marina Solinís*
- *Mercedes del Pilar Gil*
- *Ramón Luque*
- *Ricardo Pardeza*
- *Serafín Galám*

Portada y montaje

Paco Muñoz

“ El Rosal”

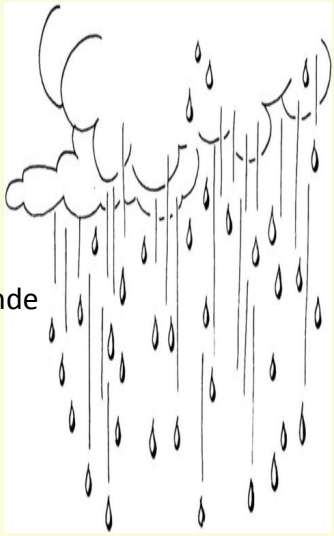
Acela Margarita Ramírez Almanza

Qué tristeza cuando vi
aquel rosal mustio, sombrío,
lloroso y cubierto de yerbajo.
Me acerqué a él y comencé a
quitarle todo lo que le cubría,
removí la tierra, lo regué y el
agua cristalina acarició sus raíces.
Así día tras día cuidándole . Una
mañana vi los botones que
irrumpían sus tallos mostrando
el color escarlata de sus rosas,
las mariposas revoloteaban
a su alrededor.

¡Qué alegría! ¡Qué belleza!
Sus rosas perfumaban todo
el lugar atrayendo la mirada
de todos los que pasaban.
El rosal me miró y sonrió
agradecido.

Cuánta lluvia corría por sus calles

Carmen Navarrete



Cuánta lluvia corría por las calles,
cuánta ilusión perdida en cada puerta,
sin saber de sus pasos
ni en qué rincón pudiera detenerse
y de repente fuera igual que un libro
que nos guarda por siempre la memoria
en el tapiz del tiempo.
Habrá quien diga que el universo es grande
y que hay que sumar las ilusiones.
Flotando están las nubes
y baja por la esquina
la negra oscuridad del pensamiento.
Y un hombre con gesto moribundo
tan solo guarda la rabia en la chaqueta.

Es mejor escribir unos versos

Carmen Navarrete

Es mejor escribir unos versos
que señalar a un hombre por la calle
que tomó de la mano los pasos de la vida.
Hay un rito apartado en mi mente
y no sé qué decir.
No importa que se vaya la tarde
hacia el lugar de siempre
y el color amarillo se diluya en el tiempo.
Es mejor escribir que pensar
y separar los verbos de los signos
sin mover la figura

Ya no me quedan besos en las manos
tampoco queda un pozo donde guardar la angustia,
la memoria ya no tiene respuesta.
Lo mejor es huir, no acurrucarse
Cierro mis ojos con el deso último:
andar sobre la luz que atravesó mis dedos-
No hay dolor en la piel de la oscura raíz
ni dolor en el nombre.
Tan sólo hay una esquela por encima del musgo,
abierta entre las hojas,
dejando soledad entre las gentes.

Fotografía al fondo

Carmen Navarrete

Fotografía al fondo
de una ciudad que duerme,
Donde hay cuerpos sin techos
que se hielan
al borde del abismo

Dos desdichas

Guadalupe Pereira

“La caridad es la única virtud que precisa de la injusticia”.
Frases de Jaume Perich

Si no fuera por este balcón, estaría muerto. El piso del que tan orgullosa te sentiste siempre, se ha convertido en mi prisión. Cuando toda esta fatalidad comenzó estabas alegre reorganizando nuestro encierro. Hacías que mi vida tras la jubilación tuviera sentido. Te enfadabas por mi desorden y olvidos, pero me envolvías con tu amor cotidiano; me llenabas de seguridad. Recuerdo tu sonrisa de ojos verdes, llenos de lágrimas, cuando esa ambulancia te llevó no sé a dónde. Luego solo me devolvieron de ti las cenizas.

Llevo tres horas sentada en la puerta del supermercado y la gente sale con bolsas de comida, de ropa...Nadie me mira. Espero durante todas las mañanas una solución para mi vida destruida por una guerra que no me concernía. Mi familia, mi amor, mis amigas han desaparecido en ella.

Mientras tú mi querida Elisa cocinabas, yo me sentía reconfortado. Necesito que el ruido de las cacerolas vuelva. No huele a guiso, ni a tu perfume, ni a nada.

¡Qué pena, parece tan joven! No la distingo bien. Cogeré los prismáticos para verla mejor.

Es rubia *¿Será rumana?* Viste un pantalón vaquero con una blusa estampada. Da la impresión de estar ausente.

¿Por qué me mirará ese desde el balcón? ¿Qué quiere de mí? Nos escapamos del centro de acogida de Melilla. Tardamos dos años en llegar hasta allí. Si no fuera por Marrwan me sentiría muerta. Las ganas de protegerlo me hicieron seguir adelante. Él había perdido a los suyos y consiguió llegar a Estambul. Solo tenía diez años. La guerra nos ha unido.

Veo que un guardia de seguridad la echa de la puerta del súper. Ella se va, pero se instala en un portal cerca. Coloca de nuevo el cartel. Parece un pedazo de cartón, pero desde aquí no distingo lo que pone. ¿Por qué alguien tan joven se ve obligado a llevar esa vida miserable?,

o quizás, es una forma de vivir sin esforzarse demasiado. Yo sé que tú, mi querida Elisa, te hubieras interesado por ella, e incluso la habrías invitado a subir a casa.

Falta poco para que Marrwan llegue del colegio. Qué bien habla ya español. Gracias a una mujer marroquí, que nos encontró pidiendo en la estación de autobuses, tenemos un techo donde dormir, pero sé que está deseando que nos marchemos. Su casa es pequeña y tiene cuatro hijos. Ella nos llevó a los servicios sociales y conseguimos que escolarizaran a Marrwan.

Ahora acaba de llegar un chaval que no tendrá más de doce o trece años, lleva una mochila a la espalda. Habla con la mujer rubia. Recoge el pedazo de cartón y se marchan.

¿Qué comerán, dónde dormirán? Yo sigo sin sentir ganas de cocinar. Me preparo un bocadillo de atún y enciendo el televisor. Las noticias solo hablan de la enfermedad. Ya no hay tantos muertos, pero sí muchos contagiados. Me empiezo a poner triste y quito las noticias. Busco rancheras en el Youtube. Cuando Elisa y yo hacíamos un viaje, ella me ponía un pendrive con las que más me gustaban para que no me durmiera conduciendo.

Vuelvo a la ventana. El portal sigue vacío. Del supermercado sale mucha gente. Yo imagino lo que piensan, lo que acaban de comprar…

Por fin aparece la chica extranjera y viene acompañada por el chaval. Se colocan al lado del supermercado. Nadie los mira. Parecen invisibles.

Si no me dan algo. Mañana no tendremos nada que comer. A lo mejor me equivoqué al venir a Madrid. Salvo con mi anfitriona y con Marrwan, nadie habla conmigo, nadie me busca.

Vuelvo a coger los prismáticos y miro la cara de la chica y el chaval. Chaval. Empiezo a sentir la necesidad de conocerlos. De todas formas, tengo que ir a comprar pan y leche. Bajaré y les preguntaré de dónde son. Ya estoy pensando como Elisa, aunque yo he tardado más de un día en intentar hablar con ellos.

Me dirijo a la puerta del supermercado y me acerco a los dos extranjeros. La chica es joven. Sus ojos son verdes como los de Elisa. El

chaval es moreno y tiene el pelo rizado. Leo lo que dice el cartel:

"POR FAVOR NECESITAMOS COMIDA.
SOMOS REFUGIADOS,
GRACIAS"

Me atrevo a hablar y lo hago lentamente y en voz muy alta. Les pregunto el nombre y les digo el mío. El chaval se llama Marrwan y la chica Samira. Marrwuan me dice que han huido de Alepo, en Siria, donde se han quedado sin casa por los bombardeos. El chaval habla muy bien español, pero a la joven aún no la he oído. Yo me intereso por su vida y el chico me cuenta que viven con una señora marroquí en un piso muy pequeño.

- ¿Queréis venir a cenar a casa? Allí enfrente – Y señalo con el dedo mi portal. Marrwan traduce mis palabras a Samira. Esta frunce el ceño. Se queda callada unos segundos y asiente.

La cena transcurrió entre mis preguntas y las respuestas simples de Marrwan. Al terminarla me dieron las gracias. Dijeron que debían marcharse para coger el metro.

Los volví a invitar a comer y a cenar en días sucesivos. En algunas ocasiones no venían porque viajaba para visitar a mi hija en Toledo. Al final les di unas llaves para que durmiesen en el piso mientras yo no estaba. Les dejé la nevera llena. Esta vez mi ausencia duró una semana.

Al regresar, intento abrir, pero no puedo. Toco el timbre durante largo rato y no me responde nadie. Bajo al primer piso, llamo a la puerta de mi vecino que se sorprende al verme. Él pensaba que había alquilado mi casa a extranjeros, porque viven allí dos mujeres y cinco niños. No sé qué pensar de esto. Me acaban de quitar mi piso. Sí, para ellos es una necesidad, pero es mi hogar, mi vida pasada, el recuerdo de mi mujer, aunque no siento decepción por ¿El engaño? Comparo mi desdicha y la suya. La mía gana en felicidad pasada. La suya es mayor porque el tiempo solo les ha traído una guerra y ha truncado vidas incipientes en las que siempre ha estado presente el conflicto, la desgracia. Vuelvo a Toledo. Mi casa está *okupada*.

Barcos de papel

© Ignacio Santos

Una vida a una carta
todo un sueño esfumado
ilusión, dolor, deseos,
barcos de papel errando,

Atrás los añorados vínculos
por temor, odio o expoliados,
piratas de las emociones
miles de ellos extorsionados.

Crueles manejos de humanos
mafias sin apego y fraudes,
vagan y vagan por puertos
sin ecos surcan los mares.

A un lado miran los gobiernos,
cuotas fijan cual fardos,
si mercancías fueran
mejor trato el asignado.

Miles se citan ausentes
a la deriva de aquellos mares,
¿para cuándo un mundo sensible
que socorra y ahogue sus males?

Ojos de gacela

Joaquín Mateos Alonso

Tenias ojos de gacela,
piel de negro azabache,
rostro esculpido en ébano,
cuerpo liso de delfín,
manitas casi de ardilla,
y sonrisa de blanco marfil.

La sal y el frío fueron
tus compañeros de viaje,
el terror y el espanto
encogieron tu alma.

Pero la esperanza,
venció al miedo,
y llegaste sola y huérfana,
entumecida y desvalida,
pobre entre los pobres.

Hasta que unos brazos amigos,
altruistas y filantrópicos,
por amor y bondad, humanos,
te acogieron para siempre y
ya no te abandonaron jamás.

SUPERVIVENCIA

Joaquín Mateos Alonso

La primera obligación del ser humano es mantenerse vivo, la supervivencia, para lo que cada uno de nosotros hacemos cosas que son inimaginables. La capacidad de resiliencia del ser humano frente a las adversidades es portentosa y lo ha sido a lo largo de la historia desde que el hombre es hombre. El ser humano es una especie débil y posiblemente condenada a la extinción de no ser por su capacidad adaptativa al medio y por su desarrollo del cerebro, base de su inteligencia.

Esta inteligencia creativa e innovadora le ha permitido progresar desde un pequeño primate al humano actual en virtud de un desarrollo tecnológico que nos ha llevado desde el descubrimiento del fuego y los instrumentos de piedra hasta la informática y los viajes espaciales, de forma que nos hemos convertido en la especie dominante del planeta, expandiéndonos por toda su superficie hasta arrinconar y poner en peligro o extinguir a otras especies.

Pero el progreso tiene sus costes, y desgraciadamente el ser humano no siempre utiliza sus recursos para mejorar la especie y a sus semejantes, ya que desde el origen tenemos implícito un gen agresivo y cainita que nos enfrenta constantemente con una violencia autodestructiva que actualmente puede llevarnos a la destrucción fatal y a la extinción de la especie y del planeta, ya lo decía Hobbes, ”Homo homini lupus”.

Sin embargo, el progreso nunca fue igual para todos, ya que prácticamente desde el principio no todos fuimos iguales y pronto surgieron las diferencias sociales de poder y riqueza que fueron monopolizadas por unos pocos en detrimento de muchos. Así surgieron las clases sociales, ricos y pobres, poderosos y débiles, dominantes y dominados, y aparecieron las estructuras del poder político, religioso y militar que se impusieron por la fuerza y la violencia al resto de las

personas, de forma que los que lo tienen todo intentan por todos los medios evitar que los que no tienen nada puedan disfrutar de los beneficios de la prosperidad.

Hasta que llegó la pandemia y todos fuimos vulnerables ante un virus microscópico y letal, pero siempre unos más que otros, los del tercer mundo ni siquiera pueden aspirar a llegar indemnes al primer mundo como migrantes o refugiados y mucho menos a protegerse o vacunarse mientras que los ricos y poderosos se disputan los recursos al mejor postor, mascarillas, guantes, respiradores y vacunas, ¡vergüenza para la humanidad!.

Es evidente que nos estamos cargando el planeta, el medio ambiente y la naturaleza y está claro que la naturaleza se resiste y nos avisa de que estamos rozando el límite y los responsables somos los humanos, auténtico cáncer de la madre tierra que llora y se defiende virulentamente con pandemias, huracanes, terremotos e inundaciones.

¡Salvemos el planeta, salvemos al ser humano!.
Nos va en ello la supervivenvia.

HISTORIA DE UN BOCADILLO

Manolo Cubero

Su expresión lo decía todo. La tristeza, intemporal y permanente, reinaba en el rostro inocente de Carmelo. Andaba ya por los doce años cuando, por primera vez en su vida, sus labios esbozaron una leve sonrisa. Aquel día deambulaba, triste y solitario por la plazuela de un pueblecito perdido en los mapas. Fue allí donde, esa tarde, Luisillo, todo mugre y pobreza, se cruzó con él. ¿Eran gemelos? Usted, amable lector, quizá hubiese dicho que sí. Su apariencia lo ratificaba. Ambos, cabello sucio y revuelto; ambos, pantalón adornado de multicolores remiendos… Sólo una mínima diferencia…

–Hola –saludó Carmelo– ¿cómo te llamas?

–Luisillo. ¿Y tú?

–Carmelo.

–¿Vives en el pueblo?

–Solo vivo.

–Pero dónde…

–En el mundo.

–Si no nos conocemos… ¿Por qué me has saludado? ¿Quieres algo?

Fue entonces cuando brotó la sonrisa.

–¿Te sobra algo? –Preguntó Carmelo mientras señalaba el bocadillo que descansaba en la mano de Luisillo.

–Lo único que me sobra son remiendos. Remiendos… y hambre. Y esto está… –respondió Luisillo mientras mostraba el bocadillo.

–Dímelo a mí, que no pruebo bocado desde ayer…

Fue superior a sus fuerzas. No sabremos nunca si brotó de su mirada o de su corazón, pero una lagrimilla rebelde escapó de Luisillo mientras sus ojos saboreaban aquella merienda que sostenía su mano temblorosa. Un jazmín florido, dos rosales y un par de nogales eran testigos de aquel encuentro. Luisillo miró a su alrededor, a un par de metros esperaba un banco solitario ocupado por un puñado de hojarasca

que el viento había acarreado hasta allí. Su mirada, turbia, lo dirigió hacia él. Se sentó. Su mano libre despejó de hojarasca parte del banco y, sin decir palabra, un gesto suyo invito a Carmelo a sentarse junto a él.

En su mano temblaba el bocadillo de morcilla que, salido de mano de su madre estaba destinado a calmar su hambre vespertina.

–Mi hambre puede esperar hasta la noche –dijo mientras, acompañado de un abrazo, entregaba el bocadillo a Carmelo.

Nunca una merienda fue tan gratificante para su corazón.

Homenaje a unos desconocidos

Marina Solinís

En las noches frías
cuando la ciudad duerme
bajo las estrellas y la luna llena
ellos llegan
ellos sufren
ellos tiemblan y mueren.
Huyen de su tierra amada
sus familias dejan
en pateras vienen
en pateras viejas
Tristes sus ojos
hambre en su vientre
frío en sus cuerpos
oliendo la muerte.
Todos negros
iguales pero diferentes
todos ilusionados y tristes
hambrientos de suerte,

Pasan y silban fugaces las voces

Mercedes del Pilar Gil Sánchez

Es fugaz el silbar de unas voces
que de pobre a pobre se avientan,
igual al cruzar del cielo un cometa
quedarán como tantas otras veces…

En ruin estampa, amarilleces…
Esparce su testigo el poeta,
quien igual que afanado atleta
lanzará al viento, versos romances…

Nacen pues, de los trinos discontinuos
letras puras de canciones y sus tramas,
voces nuevas, aguzarán sentidos…

Sueña el viento con bramar de plumas…
Rapsodas transmisoras de sus versos,
que destierran pobrezas de las brumas.

Dicen que hace solo unos días

Mercedes del Pilar Gil Sánchez

Dicen que hace solo unos días
que se ha muerto, Julio en diciembre…
Parece que padecía de gripes,
en desigualdad de fieras desidias…

Faltará quien pobreza retransmita
con pasión de quien sufre mismas fiebres
Y gritemos al mundo esas muertes
Que se ha muerto Julio hace días…

Entre aguas de desiguales ríos,
a merced de muy diversas corrientes…
De entre calles, puentes y caminos…

Que sufrió, desde que ha sido consciente,
Miedos, frustración, hambres y martirios
le han causado a Julio la muerte.

Se me encoge el alma

Mercedes del Pilar Gil Sánchez

Se me encoge el alma,
y el cuerpo entero se encoge...
Viendo las colas del hambre
como estándares del Covid.

Se me encoge el alma,
y el corazón se me encoge...
Que los niños con sus madres
en filas, de hambre lloren.

Se me encoge el alma,
y mis manos, también se encogen...
Y mueren entumecidas
entre calles más vacías...

Se encoge, se encoge el alma,
cuerpo, corazón y manos,
y ni las piernas responden,
viendo que pasa la vida...

Sin vida, ni amor, ni nombre.

Trashumantes de pobreza

Mercedes del Pilar Gil Sánchez

Desnudo de voz y voto
va trashumando la noche
el carro de la pobreza.
No abunda en los despojos
voz de sociedad desierta.

Un rumor de mudo verbo
se extiende en los somieres
cual rompiente sin espumas
como figuras sin sombras
o marea sin sus olas.

Ya de todos es sabido
que huracanes baldíos,
jamás removieron letras.

SIN RASTRO DE PIEDAD

Ramón Luque Sánchez

A veces nos parece
que Dios no existe,
sentimos que se fue
de vacaciones
o se quedó dormido
en una nube blanca
de su casa, tan grande.
La Tierra tiene entonces
un regusto a dolor
que traspasa los ojos
con silencios de espinas.
Una mujer sin casa,
una niña que llora,
un hombre sin conciencia,
un perro abandonado…
Son cromos que encontramos
tirados en la calle,
huelen a desamparo
y nos quitan la risa
con liturgias tan viejas
como el miedo al fracaso.
Pero al llegar a casa
un orgullo indecente
nos pone su corona
de yo soy más que nadie,
de esto a mí no me pasa…
Y olvidamos, qué tontos,
que la derrota es frívola
como una flor de plástico,
que mañana, tal vez,

podemos ser las víctimas
de este juego sin normas
que es la existencia humana.
Entonces llamaremos
a Dios, que es milagroso,
pero probablemente
lo encontremos dormido
-cansado de los hombres-
o habrá hecho las maletas
y emprendido viaje
hacia ninguna parte.
¿Qué cuesta una sonrisa
a un pobre pordiosero?
¿Qué vale una moneda
que demos al mendigo?
¿Qué pesa una caricia
a esa niña harapienta?
Y casi siempre, al mundo
asusta que podamos
ser generosos.
Si una vez nos cruzamos
con el fétido olor
de la miseria
miramos de soslayo,
levantamos la cara
y andamos como un héroe:
sin ninguna piedad
ni un rastro de esperanza
en la pisada.

SUERTE

Ricardo Pardeza Martínez

Suerte esquiva que al nacer decides
a quien perdonas y a quien condenas
en tus manos está, escogiendo al azar.
Reparto aleatorio de suertes .
Seres dejados de la mano
¿Para qué los bienes terrenales?
¿Qué papel tiene tu destino ?
Ser afortunado o no desde la cuna.
Ser un luchador desde que naces
suerte de llegar a ser maduro,
suerte de vivir,
suerte que separa a los pueblos
suerte repartida en los continentes,
suerte de ver a diario el anochecer
Alégrate de ver un nuevo día.

Indigente

Serafin Galán

Quince años en la calle,
ropa sucia, barba larga,
mirada triste y amarga,
mochila sujeta al talle,
buscando una bocacalle,
donde este triste indigente
se resguarda de la gente
que lo mira altanera
pues hay quien lo considera
alguien poco inteligente.

Ha vivido alcoholizado,
la mirada siempre ausente,
invisible a tanta gente,
esa que pasa a su lado
con un temor condensado,
compasión, miseria, miedo,
a otros les importa un bledo.
No piensan por un momento
que un nefasto movimiento
lo meterá en este enredo.

Cada uno tiene detrás
una triste y dura historia,
de cómo un día la noria
se paró o dio marcha atrás.
Así, de pronto, sin más,
perdió familia y trabajo,
todo se le fue al carajo,
entró en la rueda perversa
de la fortuna a la inversa
en el escalón más bajo.

Hay que ayudar a salir
al que cayó en este pozo,
cárcel, prisión, calabozo.
Solo vale resistir
así podrá conseguir
volver a la vida plena,
rompiendo esa cadena
que lo retiene en la calle.
¡Qué nada, ni nadie falle!
¡Hay que revertir la escena!

Telia

Revista de la Tertulia Literaria de la Asociación Gaditana de Jubilados Docentes

Febrero 2021